

— ¡Ah, infame! gritó don Pedro, que se presentó echando venablos, ¿qué buscabas por mi casa?... No, no hay tutía; ese es el balcón del cuarto de mi mujer... ¿Qué, ibas con Epitacia la criada? Pero si la Epitacia duerme abajo, en la cochera... Ya nos arreglaremos...

Y volvió al núcleo de espantados, que no se cuidaron de preguntarle una palabra de lo acontecido, á repetir:

— La aurora boreal es un fenómeno muy frecuente en Spitzberg... El siglo pasado tuvieron nuestros abuelos otra quizás más vistosa y nada les pasó, no perdieron pie ni mano... Todo consiste en las corrientes magnéticas...

Poco más había transcurrido cuando notamos que el cielo se empalidecía; que por el oriente aparecían nubecillas que se arrebolaban, no con el matiz de sangre líquida, sino con el rubor dulce y delicado que invade las mejillas de una hermosa al oír frases de amores; y que, por último, el sol, como una moneda reluciente que acaba de salir del baño galvánico, aparecía alumbrando alcores y collados y riéndose de las caras espantadas de los que creían llegaba el *Dies iræ* anunciado juntamente por David y la Sibila.



CAPÍTULO IV

La entrada de Rojas

EN principios de Septiembre supimos que Rojas había llegado á Puebloviejo, conocido por su adhesión á la religión sagrada y á los benditos fueros. Excusado es decir que el don Antonio hizo allí de las suyas más que en ninguna parte, y que dejó espantados con sus excesos á los *véteropopulares*, como les llamaba *Don de sabiduría*.

Luego que se tuvo noticia del caso, mi tío don Angel reunió á la parte más florida de la población, á fin de preguntarle qué debía hacer Tlaxochimaco en aquella difícil coyuntura. Todos convinimos en que era mejor recibir de paz al facineroso que entrar en guerra con él, pues no había probabilidades de salir con bien de la aventura.

Luego que se extendió la noticia empezó la alarma y



el trasiego entre la gente: *tápalos* de burato de Ayún y Senquá, con flores vívidas y delicadas, que parecía iban á esparcir aroma y á hermostear, puestas en búcaros, las habitaciones de los ricos; *tápalos* de tres vistas, de gro fuerte como vaqueta; *tápalos* amarillos, verdes, azules, blancos, con enormes rapacejos que les daban aspecto de aves con las alas extendidas; rebozos finísimos que cabían por el hueco de una sortija; sombreros de jipijapa que valían una onza de oro; zarapes impermeables del Saltillo, con águilas que parecían aves de códice; cajitas de laca en que se

guardaban tumbagones y cintillos con piedras ricas; trajes de seda que se transmitían de generación en generación como una hacienda ó una casa; y sobre todo, platos, platones, tazas y cucharillas de plata fina quintada, salieron de todas las casas revueltos en *chiquihuites*, baúles y *petaquillas*, para ocultarse en el curato, en las casas de los ricos ó en las cuevas y pozos de cada habitación.

Tres leguas antes de la entrada á la ciudad estaban apostados los sujetos de más fuste en la jurisdicción, cual en mula, cual á caballo, en un coche contemporáneo del visitador Gálvez, y cual en tartana desvencijada que arrojaba polilla por todos los poros. El señor cura llegó en la estufa de Nuestro Amo, tirada por las mulitas blancas regalo de mi señora doña Sabina.

Se presentó Rojas acompañado de toda su gavilla, que por cierto no pasaba de doscientos desalmados. Todos montaban grandes caballos, relativamente bien atendidos para la faena que llevaban; todos vestían chaquetas de cuero de venado, sombreros de copa baja, charreras de cíbolo y armas de agua. En la mano tenían la terrible lanza con bandera ó gallardete, y al cinto, á la espalda, en la acción, en la cabeza de la silla, en las cantinas y pendientes de los *tientos*, pistolas, rifles, sables y otra porción de chismes de matar, que por cierto no permanecían inactivos mucho tiempo.

Rojas era de color blanco, cejijunto, de buenos ojos,

de mirada torva y de cabello negro y abundante. Al padre Herrera y á mí nos recibió de buen talante, y cuando oyó la invitación que le hizo el inocentón del cura para que pasara al coche que le estaba preparado, se rió grandemente.

— No, no, dijo denegando con la cabeza; mire usted que Antonio Rojas ocupando el lugar del Santísimo Sacramento...

Y se quedó como reflexionando un buen rato. Todos los notables rodeaban al capitanejo y celebraban sus chistes, que por cierto no respiraban aticismo ni moralidad; pero ya creían sentir, desgarrándoles las carnes, el puñal que se había esgrimido contra Blancarte, don Felipe-Rodríguez, don Manuel Rocha y don José Rubio.

No lo recuerdo bien; pero me parece que hubo algunos disparos de cohetes y morteros cuando entramos al pueblo, y que algunos indios adornaron sus casitas del rumbo de la entrada con ramas y *cempazúchiles*.

Avanzaba la cabalgata por las calles del pueblo, en medio de los repiques de esquilas y campanas, cuando oímos un disparo de rifle y un grito de ¡Viva la religión! Siguiéron á ese disparo otros cuatro ó cinco, mientras veíamos caer muertos ó mal heridos á dos de los soldados de Rojas.

La indignación del maldito no tardó en manifestarse ruidosa y tremenda.

— ¡Qué ca...ñones! dijo soltando un taco redondo como una bola. ¡Me *manzanean* para asesinarme! ¡Ahora verán quién es Antonio Rojas!

Y desenvainando la tajante, sin hacer caso de mí ni del cura, se lanzó contra la casa de donde habían salido los tiros.

— ¡Entrenle, negros, éntrenle, que ya se me hace tarde beberles el alma!... A ver, tú, Gallo, vete con ocho muchachos á aquella esquina; tú, Mocho, cógete del garitón; usté, don Apolinar, acérquese con su gente y *rodié* la casa...

Esta era una respetable fábrica de estilo barroco; se le llamaba la *Casa de los Gigantones* por dos de cantera que se aparecían en la fachada sosteniendo no sé qué pajarra-cos, bandas, morriones y plumeros puestos en un escudo borrado por la acción de la lluvia y de los años. Habitaban allí los señores de Celorio y Poblete, ricachos que por mil setecientos y tantos amarraban los perros con longaniza, pero que poco á poco habían venido á algo peor que la miseria, porque era la escasez con aparato, con escudo en la puerta, y estrado en la saleta.

Eran los Celorios cinco señoras: doña Marta, doña Margarita, doña Antonia y doña Manuela, que hacía mucho tiempo habían pasado *il mezzo del camin di nostra vita*, y doña Guadalupe que á la sazón contaría veinticinco años, casi mi edad, pues me acordaba haberla visto, siendo

niño, pasearse en los corredores de su casa como si hubiera sido persona mayor: quieta, sin enredar ni hacer travesuras. Será una tontería y quizás la memoria me engañe, pero me parece que usaba ó la hacían usar tontillo y cotilla como dama de Lope.

Quien mangoneaba en la casa y llevaba en ella la voz cantante, era mi señora doña Marta, pues los hombres, don Servando y don Martín, eran tan insignificantes y tan opacos, que nada representaban; por eso la familia se conocía por de las niñas Celorios y no de los señores Celorios, como habría sido razón.

Ni don Servando ni don Martín alzaban los ojos del suelo, ni daban opinión sobre nada, ni servían para nada que no fuera ir cada ocho días á su rancho del *Verjel*, como se llamaba una pobre finquilla metida en lo más agrio de la sierra y que tenía tanto de *verjel* como el diablo de santo.

No se extrañó la presencia de los Celorios en la junta de notabilidades del pueblo: representaban tan poco por lo urbano y por lo rústico, que no eran *factores apreciables* en la cotización de riquezas, como decía el bueno de don Pedro. Mas parece que ellos, recatándose de todo el mundo, sobre todo de sus hermanas, empezaron á acumular balas, pólvora y cápsulas y á fabricar *parque* de rifle y granadas de mano.

Con más prisa que la que podía suponerse en dos infe-

lices sin bríos aparentes, los pobres hidalguetes siguieron disparando contra el apretado núcleo que formábamos soldados, vecinos y gentes del pueblo. Una granada que estalló entre el gentío, hiriendo á tres mirones y matando á otro, hizo dispersarse asustados á los que no habían huído por los disparos de mosquete.

La sección Rojas, con celeridad maravillosa, tomó posiciones en las esquinas inmediatas, escaló alturas, se ocultó en los vanos de puertas y ventanas, y comenzó á hacer fuego contra los Celorios.

Poco resistieron éstos, pues su provisión de *parque* era bien corta y no había manera de que la aumentaran.

Cuando quemaron el último cartucho, ya estaban los rojeños posesionados de la casa, donde se habían metido rompiendo á balazos la vieja cerradura cincelada, obra de Pedro Antúnez, y echado abajo la puerta de madera apollillada. Don Martín se volvió *ojo de hormiga*, don Servando estaba en la azotea con el cabello hirsuto, la boca ennegrecida y las manos soflamadas, arrojando un enorme peñasco de los que tenía acumulados, para aplastar á los que subían por la reja llena de calados.

Le habrían muerto los vencedores haciéndole añicos por contera, si no hubiera estado presente el propietario don Antonio, que con aparente calma ordenó que no le mataran.

— No, no; hay que *afusilarle* bien y con todos sus auxi-

lios, dijo esbozando una sonrisa más amarga que el acíbar.

Jamás he visto encolerizarse de modo más terrible que Rojas á hombre ninguno. Tenía las cejas unidas en



una contracción que ya parecía natural de puro ordinaria; los ojos tornados en blanco; el rostro de ordinario apiñonado, se había vuelto ceniciento, y las chapas de color estaban amoratadas como señales de golpes. Las manos que eran bastas, velludas y con uñas largas y sucias, estaban contraídas, y sólo de cuando en cuando se ocupaban de meter los *buches* de camisa que se le salían por el pantalón mal fajado, y los extremos de la bufanda que se le venían á la cara.

Estaba al pie de la escalera, cerca de un poyo de piedra

que sostenía cántaros rojos sentados sobre arena, que rezumaban agua.

Entre tanto las campanas seguían sonando como si las moviera automáticamente algún mecanismo oculto.

— Mira tú, *Delgao*, dí que no toquen más esas campanas, ya *sacan lustre*, y lo que sobre todo me mata es esa esquilita ladina que va á romperme las orejas.

Y siguió retirándose las puntas del embozo, que á mí se me figuraba la cola de una bestia salvaje.

— ¿Y quién repica? A buena fe que será uno de los que me quisieron *amolar* en este pueblo de puñales, diciendo que me iban á recibir de paz...

— Señor, dijo una voz, quien repica es señor don Pedro Ruiz Gómez, comerciante amigo de usted.

— Yo no tengo amigos entre los *sinvergüenzas* moño y remoño; bájenlo y tráiganmelo... No, mejor *afusílenlo* luego, luegoito...

El señor cura, que llegaba en esos momentos, se apersonó ante el gran Rojas, diciéndole meloso:

— Señor coronel; la tropa de usted ha demostrado que en el combate es valiente como ninguna; es menester que ahora pruebe que también es generosa y magnánima á la hora del triunfo.

— Señor cura de todos los demonios, no me venga á mí con generosidades ni *tarugadas*... Le mando que me deje en paz, porque si no también le *trueno*... Sí, bonito

era el hijo de mi madre pa dejar con vida á los *sinvergüenzas* que se le *jueron* encima sobre seguro...

— Usted, señor, replicó Herrera con entereza, podrá mandarme fusilar como dice; pero no podrá impedirme que abogue por la vida de un pobre loco, que no sabe lo que hace.

— Sí, loco, loco; chulo está el loco; á sus *comenencias*, no digo... Y ya que tanto le cuadra confesar, padrecito, váyase á echarles bendiciones á los bandidos, que si no, se van al infierno en pecado mortal...

Salió *espichado* Herrera y don Antonio siguió dando vueltas en la habitación; pero sus paseos eran de fiera enjaulada que recorre su cubículo sin mira fija.

En una de sus vueltas me vió y se dirigió á mí como enojado.

— ¿Y usted qué hace aquí, Peritos?

— Ya le dije, mi coronel, que estoy desempeñando una comisión del señor general Degollado.

— Ah, esto es, una comisión... Bueno...

— ¿Y no sería posible evitar esos fusilamientos?

— El del tal Celorio, no; *afigúrese* no más que me ha matado á mi compadre el *Pato*, á otro muchacho colimote que le decíamos la *Tuba*, y á mi secretario Pedro Cos, que me llevaba la pluma y que era un escribano de puritito oro... Pero á ese maldito campanero, sí, que lo dejen... Ya me las arreglaré con él... Mira tú, Barberena, diles á

los que están en la plaza que no *ajusilen* más que al Celorio.

Dió más paseos en la pieza, y al fin vimos venir al mensajero, diciendo:

— *Pos*, mi jefe, ya los dos estaban muertos.

— Buen *joyo* hagan, exclamó Rojas con resignación filosófica; al fin, si su amigo de usted no debía ésta, debería otras... ¡Ah, se me olvidaba, jefecito! les dí á mis muchachos paa que se *devertieran*, unas tres horas de saqueo... Si tiene familia ó casa, vaya á cuidarlas, que yo le daré una ordencita...

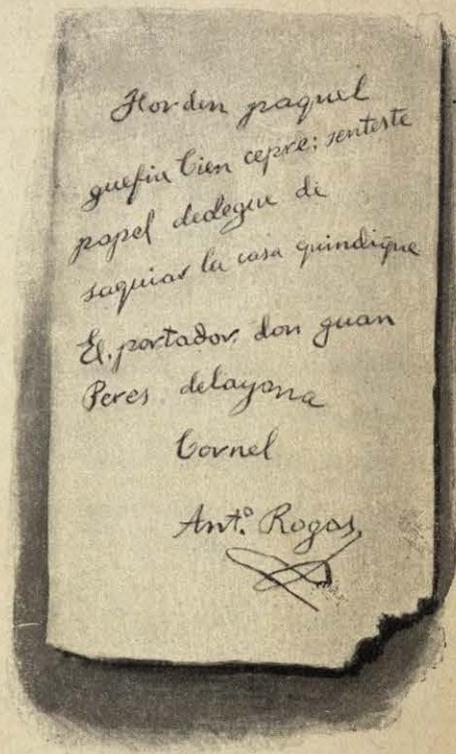
La orden de Rojas decía así:

«Horden paquel guefia Cien cepre; senteste papel de degue de saquiar la casa quindique El, portador, don guan Peres delayana.

Cornel

Ant.º Rogas.»

Pensé en ir á mi casa, es decir, á la casa de mi hermana

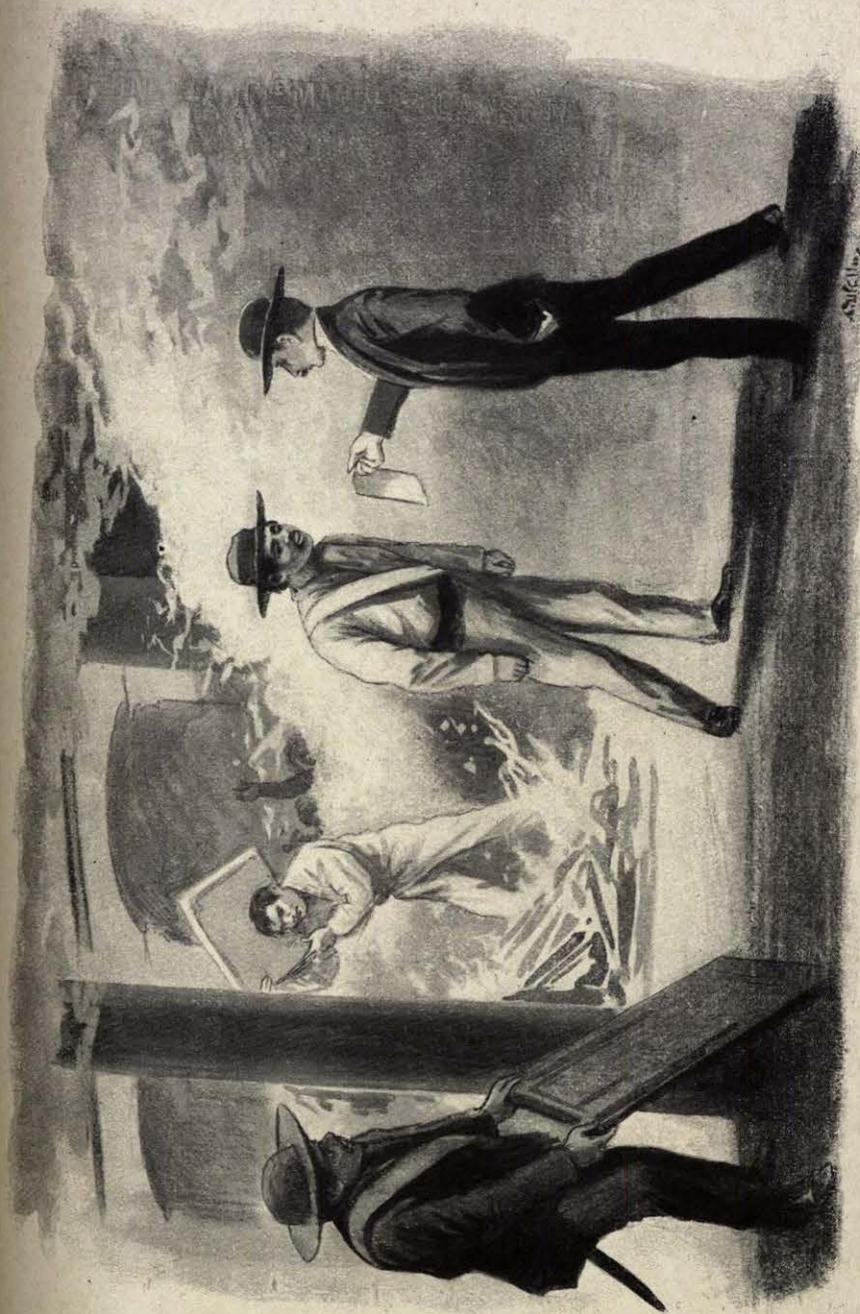


Manuela; pero recordé que mi excelso cuñado Naranjo era tan hábil, que capaz sería de hacer su amigo al diablo mismo, ya no digamos á su lugarteniente y personero don Antonio Rojas. No había, pues, que temer se llevaran de casa los pocos y pobres muebles que la adornaban, ni que se aficionaran á la carátula de mi hermana Manuela, que no tenía ningún parentesco con la de *la Venus que cinceló Nilo*, como decía mi amigo el malaventurado comerciante.

En cambio, había otra casa indefensa y abandonada que me inspiraba verdadero interés: la casa de los Torres Lares, que podía ser destruída y maltratada sin que nadie se interpusiera; harto tenían que hacer los otros para tener que salir por lo que nada les importaba.

En dos zancadas me puse en el dintel de aquella casa que tenía para mí los recuerdos más dulces de mi vida. Me anunció que la canalla había tomado posesión del inmueble antes que yo, una lengüita de fuego que salía por la ventana en que Trini y yo habíamos hablado por última vez. Ya ardían en el centro del patio baúles vacíos, viejos canapés con patas simulando garras de leones, cajas que al parecer habían contenido ropas ó papeles y sillas paticojas que llegaban trabajosamente, arrastradas por el brazo seglar de los ejecutores.

No se podía saber quién dirigía las cosas en aquella batahola; cada quién obraba por sí, sin dar órdenes ni recibirlas, como si se tratara de acabar de prisa la *labor*.



El jefe dió la orden, y todo el mundo se estuvo quieto...